

Isla de Estepa

*Un lugar de encuentro entre naturaleza
y mundo urbano en Bariloche*



José María Ali-Brouchoud

Isla de Estepa

*Un lugar de encuentro entre naturaleza y
mundo urbano en Bariloche*

José María Ali-Brouchoud

Ali Brouchoud, José María

Isla de Estepa. Un lugar de encuentro entre naturaleza y mundo urbano en Bariloche / José María Ali Brouchoud. - 1a edición especial - San Carlos de Bariloche: José María Ali Brouchoud, 2022. Libro digital, PDF

Mail: jose_ali@hotmail.com

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-88-3429-0

1. Ecología. 2. Conservación de la Naturaleza. 3. Ambiente Urbano. I. Título.

CDD 577.0982

Corrección y edición: Araceli Suarez Vidaurre

Foto de portada e interiores: José María Ali-Brouchoud

ISBN 978-987-88-3429-0



9 789878 834290

Introducción

*«Lo que percibes de la belleza del mundo te implica en tu lugar,
lo que aprecias de la belleza amenazada del mundo da dirección a tu gesto y
a tu voz»*

Edouard Glissant

Siempre que miramos un paisaje, y más aún si este es amplio y nuestra mirada puede perderse en él, nos embarga una gran emoción. Es como un cielo estrellado en una noche despejada o cuando penetramos en el bosque, la selva, o el mar. Nos sentimos en otro mundo, en otra realidad que vivimos sin saber muy bien por qué de forma diferente, con otra percepción del tiempo y del espacio.

Nadie permanece indiferente ante esta experiencia y, seguramente, es la suma de colores, aromas y sonidos lo que nos lleva a vivir sensaciones que en nuestra vida urbana no tenemos. ¿Y si alguno de estos espacios estuviera a unos pocos metros de nuestras casas?

Bariloche es una ciudad inmersa en un medio natural sin comparaciones. Una ciudad donde pueden verse montañas, lagos, bosques y la estepa con solo asomarnos a una ventana. Desgraciadamente, hemos asistido a cambios en nuestro entorno que generan barreras en nuestra relación natural. La contaminación del lago, la urbanización y los incendios son solo

algunos ejemplos. Para poder cuidar nuestra casa debemos reconsiderar aquellos valores que condicionan nuestra mirada más antropocéntrica. Por este motivo, este libro cuenta la historia de un lugar en nuestra ciudad, un lugar pequeño y cercano—rico en diversidad de seres vivos— que invita al esparcimiento y la serenidad. Un lugar que desaparece delante de nuestros ojos y que nos lleva a reflexionar sobre lo que consideramos prioritario. Habitar y cuidar son partes de una misma promesa, lo que conocemos lo cuidamos, lo que conocemos nos da identidad.

Quizás por todo esto o por la cercanía del lugar; por quedarnos de paso, salir y sentirnos parte. Quizás porque es una pequeña muestra de cómo cambia la naturaleza, y poder ir estación tras estación y poder ver esos cambios. Quizás porque su belleza no es evidente a los sentidos a primera vista; sino que la sensación es de una extensión infinita; solitaria y lejana. Quizás porque la vida está resistentemente atada a la tierra y no se entrega o porque sus formas son aquellas de los lugares inhóspitos y la palabra *desierto* es la que mejor explica lo que vemos. Un desierto que no está muerto, sino que es uno vivo y pujante; y luego de conocerlo no queda más que admiración, respeto y curiosidad. Y quizás también porque evoca otros lugares recorridos; como totalidades armónicas, en donde geografía y clima enmarcan al suelo, las plantas, y los animales y a nosotros mismos formando parte. Más aún, si esta tierra está en medio de una ciudad y forma una frontera, un borde que atravesamos

en uno y otro sentido, entrando y saliendo del mundo salvaje, en un ejercicio necesario que poco a poco nos transforma.

La Isla de Estepa

¿En qué momento un pedazo de tierra puede ser llamado una isla?

Las islas que conocemos todos, están rodeadas de agua. Pero existen otras, diferentes, que tienen en común el estar separadas del resto de su entorno por límites precisos.

En Bariloche ha nacido una isla. Una isla formada a través de los años por el crecimiento urbano.

El nacimiento de una isla

En sus viajes a través del mundo, Charles Darwin visitó numerosas islas de coral en el océano Pacífico; observando con detalle sus formas, extensión y colores y se preguntó por las fuerzas que las crearon. No dudó en afirmar que ante tal maravilla, los sentidos no alcanzaban para comprenderlas sino que era necesaria la reflexión para poder apreciarlas mejor. Las islas de coral, los atolones con lagunas internas —afirmó el naturalista— se forman a lo largo de mucho tiempo, emergen del océano y rompen las olas que las azotan sin cesar. De ese juego de fuerzas creadoras y destructoras resulta la formación de arena que forja los cimientos para el hogar de plantas y animales en un delicado equilibrio.

En el mundo también existen otro tipo de islas naturales que no están rodeadas necesariamente de agua pero que tienen en común el ser una porción de territorio delimitado, donde se

reconocen bordes y límites precisos. Las fuerzas que las forman no siempre son geológicas o biológicas sino también son aquellas generadas por la acción del hombre. Estas fuerzas son diferentes; tienen la lenta y armoniosa acción que los pueblos originarios le imprimen a su vida cotidiana en su relación natural con el mundo o la arrolladoramente veloz y destructiva fuerza del hombre moderno y su mundo urbano; que en pocos años transforma un territorio, contamina ríos y lagos o hace aparecer gigantescas construcciones.

En Bariloche hemos asistido al nacimiento de una *isla*; una isla urbana ubicada hacia el este de la ciudad. Pero, ¿puede formarse una isla dentro de una ciudad?, ¿qué características debería tener?; ¿Es posible llegar y adentrarse en ella?

Esta *isla* se ha constituido a lo largo de varios años dado que el crecimiento de la ciudad ha ido avanzando hacia el este, hacia la estepa. En ese crecimiento, diferentes barrios han ido enmarcando esta zona y establecieron sus límites. Su ubicación es conocida por todos como el predio que está «atrás de Radio Nacional». Tiene forma triangular siguiendo el trazado de algunas calles y en los mapas se destaca su color verde amarillento; incluso se pueden ver líneas y diferentes intensidades de color que se traducen en desniveles, caminos y senderos.

Tiempo atrás, como si fuera una península, se conectaba con el resto de la estepa a través de una angosta franja de tierra y así se garantizaba un corredor para los animales que hoy se ha

perdido. Viendo estos cambios podemos afirmar que la *isla* terminó de conformarse aproximadamente entre los años 2010 y 2015.



2004



2019

La ***Isla de Estepa*** puede ser vista desde lejos; incluso es posible avistarla por las ventanas del refugio Berghof, desde las alturas

del cerro Otto, hacia el este de la ciudad. En su interior, se han ido construyendo calles y algunos senderos que son usados desde hace muchos años para recorrerla o simplemente atravesarla.

Las fuerzas que la crearon son también las que la amenazan; porque nadie puede desconocer la falta de tierras para viviendas que tiene la ciudad y esto la vuelve un lugar posible de ser habitado, así también como de intereses inmobiliarios. Hay algunas características que la vuelven única: por su ubicación pertenece al ecosistema de transición entre la estepa y el bosque o también llamado **ecotono**. Desde que por primera vez escuché esta palabra me ha resultado atractivo pensar que como vecino de la *isla* vivo en una zona única, verdadera frontera entre diferentes ecosistemas, en donde plantas y animales se encuentran y conviven. Por este motivo, se la considera una zona de muy alta biodiversidad, un verdadero lugar de experimentación natural, en donde algunas especies van modificando sus características, exigidas por las diferencias del clima a las que están expuestas, a la disponibilidad de los recursos y a las nuevas relaciones que tiene que realizar entre ellas. Árboles avanzan sobre la estepa y arbustos van cambiando hacia la cordillera; con el agregado de varias plantas traídas de otras tierras que también sufren su proceso de adaptación local: quizás así se pueda entender mejor el significado de la palabra **ecotono**, del griego *eco-* (*oikos* o casa) y *tono* (*tonos* o tensión). Es decir, una zona en donde existe una tensión para sobrevivir, para alimentarse, reproducirse y crecer. Por supuesto que

podríamos extender esta idea y sumar el efecto del hombre en su avance, de cómo este pone en tensión las zonas que va ocupando y a las cuales modifica, a veces, de forma irreversible. Es difícil saber si esta *isla* o parte de ella sobrevivirá; las ciudades tienen hambre de espacio y hacen desaparecer hermosos paisajes uniformándolos en un gris de asfalto y concreto. Ola tras ola de construcciones golpean sus límites y van alterando su suelo.

Subiendo hacia las últimas casas del barrio Las Victorias, el desnivel debe ser de unos 20 a 30 metros y desde allí se puede ver la panorámica general de la *isla*, la ciudad y las montañas. Esta pequeña ladera es quizás una de las menos transitadas actualmente y está poblada de gran cantidad de árboles nativos. La vista aquí se ensancha y puede verse la *isla* en toda su extensión, su enorme tamaño y la importancia que tiene en medio de los barrios.



Vivir en una región

Siempre que debo responder a dónde vivo, el nombre de la ciudad se me antoja limitado, poco claro para explicar exactamente cuál es mi hogar. Esta sensación proviene de una certeza, supongo que adquirida en mis primeros años de vida en una ciudad rodeada de selva y río, la de saberme viviendo en una región más amplia. En esos años de primeras experiencias quedaron rápidamente grabados ciertos lugares, paisajes y detalles. Podíamos decir, sin dudar, en dónde el río era más peligroso o dónde era más seguro para nadar; en qué cuadra había árboles con frutos y en qué momento había que ir a buscarlos, o hasta dónde llegaban algunas calles. Un territorio más extenso que la propia ciudad y que además la determina y le da sentido de identidad y pertenencia, y en donde el mundo urbano no está cerrado del todo sino que es poroso a los empujes vitales de la naturaleza.

Las ciudades están inmersas en áreas extensas y no pueden comprenderse muy bien sus historias y sus dinámicas sin pensarlas, enmarcadas en una región determinada; y que muchas veces coincide con una **biorregión**: una zona natural, un ecosistema con identidad propia. Bariloche no es la excepción y se encuentra recostada sobre la cordillera, extendiéndose hacia la estepa.

Es este un territorio que es habitado desde hace varios miles de años y hace tan solo unos cien, por el hombre moderno. No es extraño que una **biorregión** coincida con el territorio de un

pueblo originario; dada la identidad indisoluble entre la cosmovisión de un pueblo, su forma de vida y las necesidades materiales que son necesarias para la subsistencia y que se obtenían siempre de la recolección y de la caza. Habitar y cuidar es parte de una necesidad vital, no algo dado o solo determinado por el tamaño de las poblaciones. Recolectar un fruto, cortar un árbol o matar a un animal siempre fueron actividades precedidas de ritos de agradecimiento; gestos de reconocimiento, de respeto y también –seguramente- preservaba al propio hombre de la tentación de usar más de lo que fuera estrictamente necesario. Es este conocimiento el que hoy se ha perdido.

Caminar

Hace varios años que camino por la *isla*; desde que me mudé en las cercanías; así también como un sinnúmero de vecinos. Es lindo salir y saber que puedo encontrarme con Nati o con Julio y que nuestros hijos nos acompañan y se deslumbran con cada hallazgo: cada salida es un viaje de exploración interminable. Nos une al amor por esta tierra de la Patagonia, por esta pequeña porción de suelo que consideramos casi como nuestra; de qué otra cosa podría tratarse al considerar un lugar como tu propia casa; recorrerla, conocer cada piedra, y cada planta y poder extender la mirada a lo lejos.

«Hubo un tiempo en que todo el mundo humano era una red de caminos», así inicia Gary Snyder uno de los capítulos de su libro

La práctica de lo salvaje para hablar de senderos, calzadas y la antigua tradición de viajar y recorrer.



Aún hoy, en todo el planeta, caminar es un medio frecuente de traslado y las ciudades nos obligan a hacerlo durante parte de nuestra jornada aunque tengamos otros medios de transporte. En las montañas del sur y en los parques nacionales, son conocidos los senderos para aquellos que practican *trekking*, escalada y otras actividades. Pero no son los únicos; existe toda una red de caminos que las personas usan actualmente en esta ciudad; pequeños senderos que conectan barrios, acortan el camino al trabajo, nos permitan adentrarnos en el bosque o simplemente caminar. Son caminos sin nombre que no figuran en ningún mapa turístico.

Llegar al barrio Casa de Piedra e ir hasta el final de sus calles en donde se accede al sendero del cerrito Casa de Piedra y de allí al camino a Colonia Suiza; los que atraviesan el bosque desde los Coihues rodeando el cerro y son buenos para recolectar lechuga del minero y están bordeados de árboles de manzanas, o los que atraviesan la *isla* (alguno hacia la terminal de ómnibus, hacia Las Victorias o el que se adentra en el predio de radio Nacional). He vivido en diferentes zonas de nuestra ciudad, al oeste y al este y ya sea por casualidad o no siempre mi hogar estuvo cerca de sus límites, desde donde partían senderos, algunos al bosque y otros a la estepa conectando personas y barrios. Entre los senderos que recorren la *isla*, uno se destaca entre todos por su recorrido y ubicación: es el *Antiguo Sendero* que la atraviesa por el medio. La *isla* tiene una caída del terreno, fácilmente apreciable en dirección sureste a noroeste con dos desniveles marcados que delimitan extensas terrazas. Es allí; en la terraza central, donde se la encuentra.

Esta ubicación le da un carácter especial ya que la mirada solo puede darse en lejanía, por la falta de referencias cercanas y así la vista del paisaje circundante es imponente y hace pensar en otros tiempos en donde la ciudad no existía. Todas las estaciones se suceden y el sendero permanece, seguramente ayudado por las pisadas de los transeúntes quienes, sin saberlo, lo mantienen así como también por las plantas que en sus bordes lo delimitan. Deseo que perdure y permita a otros recorrerlo; forma parte de nuestra ciudad tanto como sus calles asfaltadas, nos une y nos

ayuda a trasladarnos de la forma más ancestral que el hombre conoce.

Tierra (en) común

Toda tierra parece tener dueño. Alambres se cruzan en todas direcciones cada vez más. Pero no siempre fue así. Hay tradiciones en todo el mundo sobre el uso de tierras comunales, de las cuales nadie es dueño y al mismo tiempo todos lo son. Tradiciones de los cinco continentes que adoptan diferentes formas y que en América están representadas desde la antigüedad por los pueblos indígenas. También podríamos cambiar el sentido de la pregunta y decir: *¿De quién son las tierras que no son de nadie?* Nadie en sentido individualista, todos en sentido colectivo.

En una ciudad estas preguntas cobran un carácter urgente y necesario. En todos lados hay necesidad de espacio, de un lugar donde vivir. El espacio incluye lugares por donde circular. Circular para trasladarse, ir a trabajar, visitar, salir a recolectar o simplemente caminar un poco o tomar aire. Es imprescindible que una ciudad cuente con estos lugares en donde además podemos encontrarnos con otros.

Estas tradiciones que nombramos son conocidas también como procomún o bien comunal, basadas en el sentido colectivo de responsabilidad, donde los bienes comunitarios son cuidados

por todos. Bienes naturales como la tierra, el aire o el agua, pero también el alimento, la salud, la belleza, el saber, la cultura. En estas ideas se basan en el fondo los movimientos locales como el de *Costas libres* o el recordado movimiento social de *Abrazo al Limay* en el 95. En sentido contrario, la *dispersión* como experiencia social generada por la hegemonía del mercado que potencia lo individual, nos atomiza y divide, nos quita poder de juntarnos y cuidar y genera exclusiones.

Una forma de bien en común con tutela del Estado son los parques nacionales o las reservas urbanas. En Bariloche existen un sinnúmero de reservas, la mayoría de las cuales están ubicadas al oeste de la ciudad en el bosque. Llamativamente ninguna está ubicada en el este, en la zona del *ecotono*. Entre las reservas urbanas más conocidas están: el Parque Municipal Llao Llao, las lagunas Fantasma y El Trébol, la Reserva Natural Urbana Isla Desembocadura Arroyo de Piedra, el cerro Carbón y la Isla Huemul e islotes cercanos entre otras. Estas reservas son tierras de todos y son una forma de preservación. ¿Son suficientes? Parecería que hacia el este de la ciudad, no.

Actualmente se habla de ecosistemas en *mosaico*, haciendo alusión a la posibilidad de pensar al espacio, en un ejercicio de síntesis, en tres grandes formatos o tipos predominantes de ecosistemas. Los ecosistemas naturales (en diferentes grados de alteración), las tierras ocupadas por la agricultura o la ganadería y el mundo urbano. Los tres están íntimamente interrelacionados existiendo flujos de intercambio entre ellos.

Una ciudad debe incluir espacios naturales dentro de su trazado así como debería estar comunicada con el ambiente circundante.

Por estos motivos la ***Isla de Estepa*** podría ser una reserva urbana. En toda su extensión o parte de ella. Tiene la extensión, ubicación y riquezas naturales justas para serlo.

Huellas de hombre

La Patagonia siempre ha sido un territorio resistente a las condiciones del clima y de los hombres. Se expande en todas direcciones ocupándolo todo: incluso aquí en la ciudad la estepa penetra como un gran puente o península por el este hasta casi llegar al centro. Pero la ciudad también crece e intenta ocupar espacio creando barrios que, como lenguas, penetran en el verde amarillento de la estepa. Así nació esta *isla*, generada por el juego entre el mundo de la naturaleza y el mundo urbano.

Claro que este proceso fue lento y gradual. Y los hombres siempre han estado en ella. Al recorrerla pueden encontrarse caminos, huellas de motos y rampas de tierra. La relación con esta porción de tierra natural oscila entre ser depositaria de basura, restos de poda o de desechos de consumo con los que nadie sabe ya qué hacer o un lugar de tranquilidad y recreación. También hay hombres que han decidido que es un buen lugar en donde vivir, pese al viento y al frío; por decisión propia o empujados por diversas circunstancias, creando viviendas efímeras, construidas con esos mismos materiales de desecho;

metáfora humana entre la necesidad real y la creada. La basura que se tira es convertida en paredes de refugio.

También hay cercos en la *isla*, caminos y tubos de gas. Cimientos de construcciones iniciadas a las que la vegetación va tapando, convirtiendo el esfuerzo realizado en un inútil ejercicio civilizatorio que puede, en poco tiempo, ser reincorporado nuevamente en clave natural y orgánica. Pero no toda la intervención humana ha sido caótica o amenazante. Grupos de familias buscan leña o cosechan los rojos frutos de la *rosa mosqueta* y los del *calafate*; se recolectan también plantas por sus efectos medicinales, como la *paramela*.



Los recorridos parecen bien establecidos y hay zonas en donde la estepa conserva todo su esplendor con *neneos* y *coirones* que se asemejan a barreras de corales gigantes que impiden avanzar

creando zonas de refugio para aves y otros animales. En días nevados, ventosos, soleados o húmedos es posible ver personas que, como en un grabado japonés, parecen pequeñas siluetas hechas de simples trazos, de espaldas encorvadas, protegiéndose mientras caminan de un extremo al otro.



En la ***Isla de Estepa*** hay plantas y animales que persisten a pesar de verse rodeados por ruidos y luces; en la noche el resplandor, que impide la oscuridad total, muestra la cercanía de sus límites. La mayor parte de la ciudad no conoce la *isla*. La estepa aparece como un lugar infinito pero no lo es, desaparece delante de nuestros ojos y empobrece nuestro mundo de relaciones. La relación que tenemos como seres vivos con el ambiente es de formas interdependientes y desconocidas. Por esto, ***habitar y cuidar*** no son acciones excluyentes sino complementarias. Somos parte de un proyecto al que todos nos debemos,

empujados por la necesidad personal o colectiva de formar parte de algo más grande que nos contiene.

Amigas del sendero

Siempre voy con la cámara de fotos a caminar. Es como una obsesión, un deseo de explorar y encontrar, de poder captar las sorpresas que la caminata seguramente me dará, y debo decir que nunca he salido defraudado. Poder registrar y luego compartir las fotos me impulsa. Naturalmente, en la estepa las plantas se disponen en parches de vegetación separados unos de otros, por zonas de tierra libre. Esta característica le da uniformidad al paisaje y nos acostumbramos a verlo como un mar de color amarillento. Todo parece semejante, aunque es necesario decirlo una vez más: la estepa siempre te sorprende.

El sendero central debe tener unos 300 metros de extensión y varias veces, en diferentes estaciones, lo he recorrido, registrando todo lo que veía. Con ánimo de ser exhaustivo y meticuloso realicé tomas de los primeros metros desde los bordes (o lo que se veía desde ellos) para buscar variedades vegetales; de esta forma he podido registrar más de treinta especies de plantas diferentes

A lo largo de los años he visto una suerte de orden en la floración de las plantas, seguramente siguiendo relojes invisibles que marcan sus ciclos; desde noviembre a marzo: es una secuencia

que se desarrolla año tras año, donde cada especie despliega su naturaleza y su tenacidad para sobrevivir.

Las fotos muestran a cada planta en diferentes momentos de su ciclo vital. Sabemos que algunas de ellas están a la vera de los caminos porque sus semillas han sido dispersadas a través de ellos y otras son llevadas por el viento y terminan cayendo en sus cercanías. ¿Por qué documentarlas? Podría ser una buena pregunta. Creo que la repetición de visitas y caminatas abre un fenómeno perceptivo nuevo: vemos detalles que se nos escapan en una sola mirada; hay eventos como la floración que ocurren por unos pocos días, por lo que tenemos que estar justo ahí para poder verlos.



Claro que no todas las plantas están tan aisladas unas de otras, muchas comparten el mismo espacio y de hecho algunas ayudan a otras; ya sea protegiendo sus semillas para que tengan mejores

condiciones para germinar, otras se defienden de manera mutua o simplemente crecen en cercanías.

Existen verdaderas asociaciones; que se establecen a lo largo de muchísimos años, luego de múltiples aciertos y errores. La competencia está presente pero no es la única forma predominante de relación, también existe **la convivencia de especies**, tanto en su disposición contigua en el espacio sobre la tierra y debajo de ella, en donde las raíces comparten una misma fuente de nutrientes y agua.

La danza de las plantas exóticas y las nativas

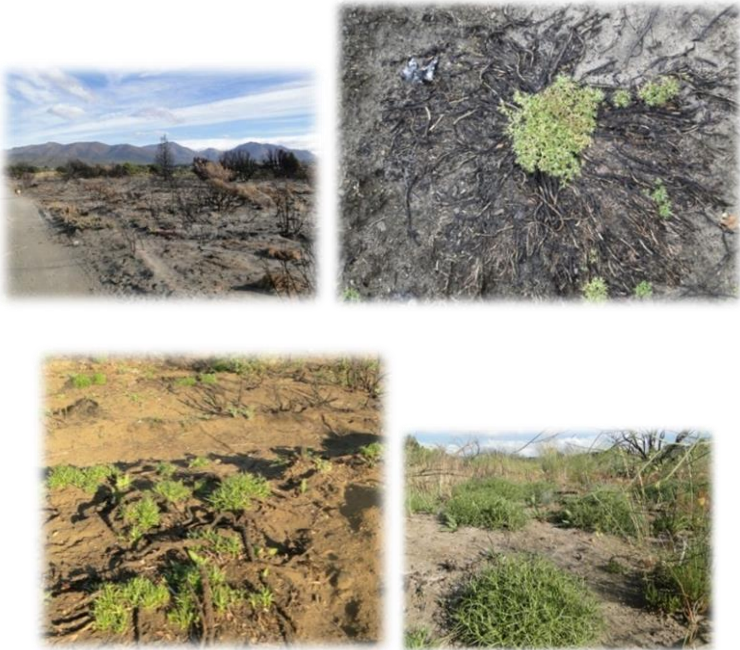
En la **Isla de Estepa** al este de la ciudad de Bariloche, las plantas exóticas y las nativas mantienen una dinámica relación ocupando y reocupando el espacio a veces en forma alternante, otras veces avanzando unas sobre otras. Por ejemplo, hay zonas ya definidas en la *isla* en donde los *pinos* o la *rosa mosqueta* han crecido en gran número y las *retamas* en grandes manchones amarillos que ocupan la vista. Sin embargo, esta distribución se encuentra principalmente en los márgenes (al sur y al norte de la *isla*) sin llegar a la zona central salvo algunas excepciones. En general, se observan dos grandes formas de relación entre ellas: aquellas que ocurren durante procesos más lentos, a lo largo de periodos largos de tiempo y que dependen de factores múltiples que tienen que ver con las características de cada especie, el clima o de cada estación, etc., y los provocados en forma relativamente rápida por *disturbios*. Estos se han sucedido a lo

largo de los últimos años, sobre todo en la zona norte de la *isla* lindante a radio Nacional y el barrio El Cóndor, y si bien son diversos podríamos resumirlos en dos grandes grupos: los que implican *remoción y exposición de terreno* -caminos, excavación por el colector de gas, construcciones abandonadas, etc.- y por otro lado los *incendios*. Al borde de estos caminos, la flora exótica, proveniente del banco de semillas expuesto con el movimiento de suelo invade los márgenes en ciclos que involucran diferentes especies. Así hemos podido ver predominio de *cardos y llantén* entre otras plantas, las que por su ciclo anual o bianual crecen, mueren y dejan un lugar que rápidamente es ocupado por otras variedades de especies. A veces se encuentran combinadas en patrones reiterados año tras año.



También, luego de los *incendios*, por su rápido crecimiento muchas veces son los primeros ocupantes, observándose que dan protección a la tierra expuesta y son hogar de innumerables insectos. Pero el paso del tiempo permite a *neneos y coirones* ir reocupando el terreno, creciendo por brotes como especies

originarias que configuran el paisaje estepario, delimitando entre ellas espacios libres en donde irán creciendo otras plantas. Es notable como una vez instaladas las nativas, las plantas exóticas bianuales disminuyen su presencia. El lapso que permite pasar del predominio de las exóticas a nativas luego de un disturbio es de alrededor de dos a tres años.



Hay varios senderos y caminos de «diferentes edades», es decir que algunos existen hace muchos años y otros han surgido desde hace poco tiempo según el recorrido que las personas realizan. Es llamativo que aunque sean bastante transitados, algunos de ellos tienen una enorme riqueza de plantas nativas que se

reparten en altura entre hierbas, arbustos y árboles. Claro que hay exóticas pero no muestran comportamiento invasor y se mantienen en los claros y en los límites combinándose con las nativas. Daría la impresión de que los senderos antiguos están en una suerte de equilibrio con su entorno.



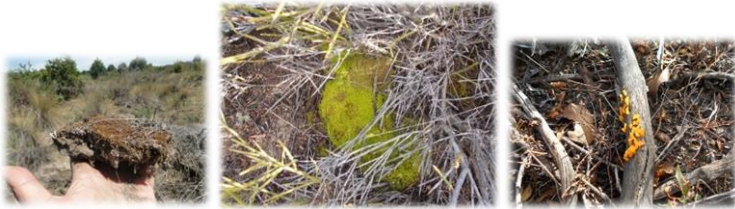
Algunos pobladores de los barrios aledaños relatan que los usan desde hace mucho tiempo y esto nos alienta a pensar que una convivencia es posible entre la estepa y la ciudad. Una convivencia con una mínima intervención, que a su vez permita adentrarnos entre plantas y animales amigablemente y conocer mejor sus relaciones. Caminar por un sendero antiguo nos crea una sensación de reverencia y respeto, es como estar en un balcón desde donde se puede observar, estar adentro sin dañar.

El suelo de la isla

Esta capacidad de regeneración que puede observarse tras un incendio, nos muestra el dinamismo de la vida del suelo. A cada paso que damos lo hacemos sobre una capa de varios centímetros de tierra a veces más arenosa, o pedregosa, con ceniza volcánica acumulada y que esconde una multitud de seres

desde los más microscópicos hasta los que pueden verse a simple vista. Estos se hallan articulados con una red subterránea que involucra a las raíces. En esta verdadera alfombra de vida vemos *musgos*, *líquenes* y *hongos* que se entrelazan con los demás seres vivos.

Es esta cubierta del suelo la que permite la vida en el planeta; sin ella innumerables ciclos de la materia y la energía se verían afectados. En la *isla* hay sectores que se han usado para extraer piedras en profundidad y en donde no se observa un repoblamiento o restauración natural. Son zonas del terreno a las que es muy difícil recuperar y que tardarán muchos años en poder hacerlo.



Hermanos en la isla

No es fácil ver animales en la *isla*. Las plantas y el terreno ofrecen escondrijos variados. A veces en una tranquila caminata podemos cruzarnos con alguna liebre, aunque siempre es más fácil verlas de noche iluminadas por las luces de los autos. Hace años que no se ven zorros, quizás corridos por el crecimiento urbano y los perros que abundan cada vez más. Aun así hace un par de años algunas huellas revelan alguna incursión solitaria.

Siempre por la mañana los montículos de tierra fresca nos muestran las entradas de las galerías como oscuros agujeros de los *tuco-tuco*.

Encontrar rastros de los animales es más fácil que verlos aunque sabemos que ellos están. Frutas de mosqueta roídas y acumuladas al pie de las plantas entrando el invierno cuando la comida empieza a escasear; plumas desperdigadas, algunas heces redondeadas, nidos abandonados forman parte de los hallazgos habituales. Las aves dominan el escenario, por presencia, cantidad y variedad. Pero a pesar de todo esto, hay otra vida; más pequeña, que solo vemos acercándonos y agudizando la mirada. Insectos y mariposas de múltiples colores cumplen su ciclo de vida ayudando a través de la polinización a las plantas. La estepa bulle de grandes y pequeños animales que están allí, como guardianes que no quieren desaparecer o retirarse. Persisten a pesar del ruido y el avance de la ciudad. Se adaptan y refinan sus estrategias de sobrevivencia.





Silencio

Impacta por su intensidad; aún en momentos en donde los ruidos de la ciudad abundan. Por estar de frente y en altura, el viento y una barrera verde en los márgenes amortigua cualquier otro sonido. Ninguna sala de grabación podría generar semejante fenómeno. Autos que circulan muy cerca, bocinas, el mundo urbano de fondo no atraviesa el aire en movimiento.

Solo se escuchan los pasos que damos. Pasos que son distintos: polvorientos en una tarde verano, sonoros al romper el hielo en las mañanas de invierno. Rítmicos en los senderos o entrecortados cuando nos salimos de ellos. A veces caminamos y nuestro mundo interior no conecta con el lugar; seguimos la lógica veloz y obsesiva de nuestras preocupaciones y claro, ahí no percibimos que la mayor parte de lo que nos rodea es el silencio. Los sonidos de la naturaleza vibran en otra frecuencia, que necesita de una percepción diferente fruto de la tranquilidad, una caminata lenta o del estar sentado observando. También de tiempo, de tiempo de estar en el lugar. Sin ese tiempo no podemos escuchar, por ejemplo las vocalizaciones que provienen de bajo tierra; son graves y siguen

un ritmo fijo; en clave de percusión duran un par de minutos y luego desaparecen. Seguramente, nuestras pisadas deben ser como ecos que resuenan en las galerías subterráneas que los *tuco-tuco* recorren sin cesar y disparan respuestas equívocas o simplemente pasamos por el lugar en el momento justo para oírlos.

Pero este silencio ha sido vulnerado cada vez que sectores de la *isla* han sido deforestados en sus fronteras. Se pierde la barrera natural, la línea de ramas y hojas que filtran. Primero fueron los ladridos que se escuchaban cada vez con más frecuencia; luego incluso los motores. El ecosistema de la *isla* va perdiendo sus características orgánicas; el silencio y los sonidos son lenguajes que portan información, que invitan a intercambios a todo nivel. Es uno de los primeros signos de deterioro; el empobrecimiento de las relaciones, la pérdida de la posibilidad de comunicarse. Sin comunicación, ya no hay encuentros; la base de cualquier sistema autoorganizado y autosustentable.

¿Una parte o el todo?

Nos cuesta ver la totalidad. ¿Limitación de nuestros sentidos o de nuestra imaginación?

El mundo natural es una totalidad y estamos mejor preparados para sentirlo que para comprenderlo y como artesanos debemos armar parte por parte del mismo como un rompecabezas para entender las relaciones entre las cosas. Eso de que «el todo es

más que la suma de las partes» vuelve a surgir una y otra vez. Que si ponemos el acento en lo natural o en lo cultural; si en lo biológico o en lo social. Si especialistas o generalistas de la experiencia y del conocimiento. Si conocimiento parcial en profundidad o miradas más afines al arte para entender de forma global. Nuestra ceguera o limitación llega a tanto que nos cuesta formar parte, sentir que estamos *adentro*. Estos dilemas son ya antiguos y objeto de debate. Vivir la totalidad, en realidad, es una utopía constante ya que nuestra comprensión de la naturaleza y del lugar que ocupamos en ella está atravesada por los mismos interrogantes. No sabemos bien qué hacer. La tensión está puesta entre explotación o conservación, sentirnos adentro o estar afuera. Ser dueños o ser parte.

La belleza es constantemente invocada para sensibilizarnos, poder apreciar y respetar. Está en la base de todo intento de conservación, ya que la razón sola no alcanza para movilizar voluntades.

La *isla* es una totalidad y una parte al mismo tiempo, y no he podido escapar en este texto a dividirla en partes, si animales o plantas, si mundo urbano o naturaleza. Ella es una pequeña muestra de un funcionamiento en clave natural y orgánico y que solo puede ser comprendida por la idea de lo salvaje. Lo salvaje no como lo exótico, lo inculto u otras acepciones a las que estamos acostumbrados. Sino como la condición general de la naturaleza, la fuerza que le da dinamismo y vitalidad. La naturaleza es salvaje o no es tal.

Citando una vez más a Gary Snyder, «el mundo, exceptuando una ínfima intervención humana es, en última instancia, un lugar salvaje. Esa parte de nuestro ser que dirige la respiración y la digestión y cuando se observa y aprecia es una fuente de lúcida inteligencia». Aún no hemos podido siquiera acercarnos a establecer una relación con la naturaleza como lo han hecho durante miles de años numerosos pueblos originarios. Ya no es posible volver atrás. Pero sí podemos buscar inspiración en ellos, preguntar, consultar, y abrirnos a nuevas formas creativas. Ahora somos nosotros, el hombre moderno, el que debe integrarse.

La isla que desaparece

Hace pocos días me encontré con la sorpresa de que el Sendero Central de la ***Isla de Estepa*** ya no existe más. Una topadora lo convirtió en un remedo de calle. Eran unos 300 metros de biodiversidad, una caja de sorpresas diarias de plantas y animales, de sonidos y colores que de un día para el otro ya no podremos ver. Como en otros lugares, ya arrasados, algunos árboles han sido dejados en pie, como si al hacerlo se tratara de atenuar las pérdidas. Un ecosistema y sus redes de relaciones son mucho más que algunas especies aisladas.

Gran tristeza, un sentimiento de pérdida aún me embarga. La *isla* ocupa muchas hectáreas de naturaleza en el corazón de la ciudad que vale la pena visitar como lo hacen cientos de vecinos de los barrios aledaños. Pero todo esto parece no importar y el avance de la ciudad se sucede día a día. No me resigno, la

especulación inmobiliaria debe ser contenida y aunque sé que la falta de tierras en la ciudad es acuciante, también entiendo que deben existir lugares como este que nos permitan a todos vivir mejor.

A la desazón surgió el qué hacer, cómo enfrentar esto, o encontrar un punto de encuentro entre nuestra vida comunitaria y la alteración implacable del entorno. Es necesaria una práctica imparable, un esfuerzo sostenido, deliberado y consciente para acompañarnos con el mundo existente. ¿Activismo?, ¿Acción política?, ¿Participación con otros?, ¿Compartir la belleza para sensibilizar? Todos son caminos posibles.

«*Creemos en la palabra de los paisajes*» atestigua Glissant en su texto *Las Américas barrocas*. La geografía para Glissant es penetrante, adquiere una incidencia relevante en la construcción de la realidad, en la interpretación y en su análisis. El paisaje deja de ser mera escenografía permanente en el fondo de la cultura y se torna protagonista. Por ende, el paisaje sería la materia de la sociedad y de la historia misma ya que existe también una relación fuerte entre el paisaje y la historia, en este caso, la huella del paisaje como historia propia del hombre. O también *Historia Ecológica*. Esta nos cuenta la historia como una experiencia dramática compartida por un pueblo en forma diacrónica, los modos de *modificación del medio ambiente y las condiciones de calidad de vida*.

Por esto, podríamos preguntarnos: *¿Qué momento de su historia ecológica está viviendo Bariloche?*

Cuando hablamos de *momento histórico* tomamos prestados algunos modelos provenientes de la *Historia Ecológica* como disciplina que conjuga un momento histórico, económico y social de una sociedad (en este caso Bariloche y su gente, inmersos en realidades más grandes que la condicionan y determinan) y la ocupación y uso del espacio tanto como sus consecuencias.

Bariloche ya no es la aldea de montaña añorada por sus primeros habitantes o la colonia pastoril de la primera mitad del siglo XX. Tampoco es solo la ciudad invernal, en donde la montaña nevada es la referencia obligada. Actualmente está atravesada por un crecimiento urbano constante, que la modifica y la desborda, con marcadas restricciones en el acceso al suelo de sectores populares y sectores medios; en el marco de una ciudad turística que casi no reconoce temporadas. Cada una de estas visiones sobre la ciudad ha implicado un uso determinado del ambiente.

Claramente, el momento actual genera cada vez más ocupaciones formales e informales del territorio. El motor de ocupación es lo habitacional. Las reglas de juego las pone el mercado inmobiliario y la falta de políticas públicas claras sobre el desarrollo urbano. Su objetivo es la exclusividad del disfrute de un entorno natural privilegiado por personas que no viven en la ciudad permanentemente, ya sea por su condición de visita turística o el uso de la ciudad como lugar de descanso (un buen ejemplo es la «urbanización» del entretenimiento estudiantil, con sus circuitos cerrados para los estudiantes o la experiencia de visitar la base del cerro Catedral en temporada baja, donde

los locales cerrados parecen la escenografía vacía de una obra que terminó hace tiempo). Su expresión más notable son los incendios y los depósitos de basura. Las consecuencias naturales son pérdida del hábitat de plantas y animales, y el deterioro del suelo. Las consecuencias sociales son soledad, exclusión, y la pérdida de calidad de vida. Es esta la historia verde actual de Bariloche.

El futuro, el presente

Atravesado por los cambios en la ***Isla de Estepa***, vuelvo a caminar por ella. Encuentro un poco de paz y vuelvo a conectarme con el lugar. Veo que la mayor parte de la *isla* está intacta aún; que no han ocurrido nuevos cambios, seguramente frenados por la estación invernal. Pienso que no todo está perdido, que aún es posible caminar por ella por muchos años, que de alguna manera también todos viajamos con el paisaje. Ideas nuevas aparecen y se van conformando grupos de personas y amigos que tenemos la misma preocupación. Eso da fuerzas y reconforta, aunque se aproximen tiempos difíciles y tiempos de pérdida.

Lo salvaje bulle en mí, intacto y se acompasa con el lugar.

Me siento adentro, me siento parte.

Como escribiera Thoreau: «Para mí, la esperanza y el futuro no están en el césped ni en los campos cultivados, tampoco en los

pueblos o ciudades, sino en los temblorosos e impenetrables pantanos».

La ***Isla de Estepa***, como un lugar real y simbólico, un lugar de encuentro entre naturaleza y mundo urbano en Bariloche nos desafía a encontrar nuevas formas de ser y de estar, de sentir y pensar (*sentipensar*), de habitar y cuidar. Nos desafía colectivamente a no entregarnos, a luchar por la tierra que habitamos. A fin de cuentas, a ser los verdaderos dueños de nuestra ciudad, de nuestra casa.





ISLA de ESTEPA. Un lugar de encuentro entre naturaleza y mundo urbano en Bariloche

José María Ali-Brouchoud

Versión Papel ISBN: 978-987-88-2922-7

Versión Digital ISBN: 978-987-88-3429-0